



María Oruña Donde fuimos invencibles



Donde fuimos invencibles

María
Oruña

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1430

© María Oruña, 2018

© Editorial Planeta, S. A. (2018)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978-84-233-5366-8
Depósito legal: B. 6.326-2018
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A veces sentimos que el tiempo que tenemos, el que apretamos, no es el que hemos escogido. Todo gira sin nuestro permiso, y cada acto, cada gesto, se expande en una consecuencia infinita. Como cuando lanzas una piedra en un charco y compruebas que, aunque no quieras, dunas de agua se expanden hasta alcanzar la orilla. Acción, consecuencia: la historia más vieja del mundo.

Carlos Green, que apenas disponía de claridad a aquellas horas, pensaba, tumbado sobre su elegante cama con dosel, que había lanzado incontables piedras en demasiados charcos equivocados. Sus desaciertos no habían sido puntuales precisamente. Y ahora, justo ahora que estaba intentando hacer bien las cosas, había aparecido aquella mujer. ¿Se estaba volviendo loco?

Se levantó despacio, observando entre penumbras la inmensa habitación. Focalizó la mirada en la puerta, centrándose en el cerrojo. Sí, seguía echado. Nadie podía haber entrado en su cuarto durante la noche. ¿Quién hubiera podido hacerlo, si estaba solo en aquel palacio inmenso?

Encendió la lámpara de su barroca mesilla de noche y, nervioso, se levantó la camiseta para revisar su propio cuerpo: nada. Observó sus piernas: ningún nuevo moratón, ni golpes ni marcas. Respiró aliviado. Había llegado a pensar que algo o alguien lo golpeaba por las noches. Aquel enorme caserón destilaba miles de ruidos, de cru-

jidos, silbidos y sombras nocturnas. Pero ¿cómo podría cualquier cosa, ser o persona haberlo golpeado sin que él se despertase? Dormía de forma natural, no utilizaba somníferos ni relajantes musculares a pesar del dolor que a veces sufría en la pierna derecha. ¿Podría ser, quizás, que se hubiese vuelto sonámbulo, que se levantase por las noches y tropezase con los muebles como un torpe pato mareado? No, imposible. Tenía cuarenta y un años y nunca se había levantado de la cama, ni siquiera en duermevela, jamás le había sucedido nada similar. Su forma física era bastante buena, hacía deporte... ¿qué demonios estaba pasando?

Además, estaba ella. ¿Había sido un sueño? ¿Había visto de verdad a aquella mujer en el jardín secreto o solo había sido su imaginación? Iba vestida como en los años cuarenta, con un ligero vestido beige hasta las rodillas. Media melena peinada según la moda de aquella época, con suaves ondas de agua. Increíblemente guapa. Habría jurado que ella también lo había visto a él, y que también se había visto sorprendida por su presencia. Después, se había desvanecido.

Un grito agudo y desgarrador desvió de golpe sus pensamientos. Procedía del exterior. Se apresuró a abrir el postigo interior de la ventana y buscó con la mirada dos pisos más abajo, ante su torreón. Lo vio de inmediato: ya estaba amaneciendo y la claridad desarropaba a la noche. Un hombre yacía sobre el césped tumbado boca arriba, inerte. Parecía muerto. De pie y a su lado, todavía con las manos encogidas sobre los labios, una mujer terminaba de ahogar un grito. La reconoció al instante: sus amplias y rotundas curvas, su cabello oscuro, el gesto. Su asistenta acababa de tropezarse con un desconocido que aparentaba estar exánime. En su jardín. Carlos cogió al vuelo unos pantalones, deslizó el cerrojo de su cuarto y salió corriendo hacia el parterre de aquel palacio.

Valentina Redondo ya se había subido al extravagante Range Rover descapotable: era imposible no llamar la atención con aquel vehículo, que lo único que tenía de discreto era su color negro. Había sido incautado en una operación antidroga, y el juzgado había accedido a ceder su uso a la Guardia Civil. Y Valentina, aunque por su graduación y cargo no llevaba uniforme, era la mismísima Guardia Civil, el perfecto ejemplo de una concienzuda teniente que tenía a su cargo a la principal Sección de Investigación de la Unidad Orgánica de Policía Judicial —UOPJ— de Cantabria en Santander. Hasta ahora, había conducido un viejo Alfa Romeo, pero no hacía mucho que el subteniente Santiago Sabadelle lo había convertido en siniestro en un accidente poco claro que, por fortuna, no había ocasionado heridos.

Valentina, al tiempo que arrancaba el Range Rover para salir hacia la Comandancia de Peñacastillo en Santander, deseó en silencio y por enésima vez que le asignasen un vehículo más discreto lo antes posible. Contuvo la risa al ver en la distancia cómo, en el porche de la cabaña, su novio Oliver Gordon se peleaba con un traje de neopreno que parecía no querer ajustarse adecuadamente a su cuerpo. Oliver, como ella, era un treintañero que estaba en muy buena forma, pero su torpeza hacía que, en aquellos instantes, su cabello oscuro se meciese al ritmo de un absurdo baile a la pata coja para ajustarse el neopreno. Su cachorro de beagle, la pequeña *Duna*, no ayudaba precisamente: mordisqueaba sin piedad un escarpión que Oliver se había puesto solo hasta la mitad. Desde que había comenzado a asistir a clases de surf, cinco semanas atrás, el joven inglés había demostrado ser absolutamente torpe para el deporte acuático; hasta la fecha, sus habilidades deportivas parecían haberse limitado al *footing*. Cada vez que se caía de la tabla ante Jaime, su profesor, se encogía de hombros y volvía a intentarlo muriéndose de risa, asombrado de su propia impericia. Si ya estaba agotado, convertía la derrota en algo inevitable,

explicando con su mirada azul y descreída que él «era de interior» y que en Londres no se estilaba montar olas. Su profesor en aquellas primeras clases —que era el más veterano de todo Suances— le había confesado, contagiado por su risa, que nunca había encontrado un caso semejante de manifiesta incompetencia acuática, y lo había terminado cediendo como alumno a los maestros surfistas especializados en principiantes de nivel básico.

«¿Qué estás mirando? ¿No te ibas a trabajar, doña perfecta?» —Oliver comenzó a reírse, algo avergonzado. Se había dado la vuelta y había comprobado cómo ella observaba sus torpezas: ¿era posible que existiese un elemento de tortura como el neopreno en pleno siglo XXI? El caso es que lo necesitaba, porque estaban en pleno agosto pero el agua del mar Cantábrico no era cálida.

«Ya me voy, ¡ya me voy!», parecía decirle Valentina desde el coche, mandándole un beso. Pero no. No se iba. Su teléfono móvil comenzó a sonar. Apagó el vehículo: el capitán Marcos Caruso la llamaba. Tan temprano. Mala cosa.

—¿Caruso? Buenos días...

—Buenos días, Redondo. Estás en Suances, ¿no?

—Sí, señor, salía ya hacia Santander.

—Pues no salgas, Redondo, no salgas. Me cago en la mar. Si es que esto es el súmmum de las penalidades, joder.

—¿Qué... qué sucede, señor?

—Que tenemos lío, Redondo. Otra vez. Y en Suances, precisamente en Suances. ¡Y en pleno agosto!

—Dígame en qué zona para que yo...

—¿En qué zona? —la interrumpió—. No, no... el lío no es en una zona de la comarca, es en el propio Suances, en el puto centro, al lado del ayuntamiento. ¿Te suena un palacio que se llama... a ver, del Amo?

—Pues... sí, creo que sí, la Quinta del Amo, ¿no?

—Algo así, sí. Un caserón de los años veinte justo al lado de la plaza principal del ayuntamiento, la de Viales —confirmó, alejándose algo del teléfono y haciendo que

Valentina comprendiese que estaba leyendo la información—. Bueno, pues tenemos un cadáver en la quinta de los cojones.

—Oh, no sabía que viviese nadie ahí...

—Pues no, no vivía nadie, pero ha venido de California el heredero de la casa, que es escritor, o periodista, o alguna historia por el estilo, y la asistenta se ha encontrado al jardinero muerto a primera hora allí, en pleno jardín. Un tal Leo Díaz Pombo... un hombre mayor, ya a punto de jubilarse.

—¿Un asesinato?

—Pues parece que no, Redondo, parece que no. De momento aparenta muerte natural.

—¿Entonces...?

—Entonces, nada, que la cosa puede quedar en humo, pero hay un par de detalles que tienes que comprobar, porque como haya algo raro esto va a ser el máximo de los colmos, la prensa se va a poner las botas... ¡te recuerdo que últimamente llevamos unos cuantos crímenes en la zona, joder! —Caruso volvió a tomar aire—. Perdona, Redondo, es que me caliento. Puede que no haya crimen, pero sí tenemos cosas que revisar. La primera, que dicen que nadie ha tocado al dichoso jardinero, pero la forense dice que sí, que lo han tocado.

—¿La forense? Quién ha ido, ¿Clara Múgica?

—La misma, tu amiga. Dice que le han cerrado los ojos.

—¿Que le han...? Bueno, eso no tendría por qué implicar indicios de criminalidad...

—No tendría por qué. Pero es que el dueño de la casa dice que allí pasa algo raro, que se escuchan ruidos, que se notan presencias... joder, ¿te imaginas? ¡Presencias!

—Pero cómo que presencias... ¿fantasmas?

—Y yo qué sé, Redondo, a lo mejor tiene okupas en la casa y no se ha enterado. El tipo es norteamericano y estará como una cabra; ha sido el propio juez Talavera el que nos ha ordenado hacer un informe de la situación.

—¿Ya está allí la comisión judicial?

—Sí, creo que solo faltaba el secretario para levantar el cadáver. Por si acaso he mandado también a dos técnicos del SECRIM, así que vete a echar un vistazo, porque Suances está en plena temporada, a tope de gente, y no quiero líos que la semana que viene me voy de vacaciones. ¿Estamos?

—Sí, señor, estamos.

—Y a la prensa ni agua, ¿me explico?

—Sí, señor. Descuide, voy para allá.

Y Valentina Redondo colgó el teléfono, pensando. Miró hacia el horizonte sin ver, en realidad, ni la cabaña donde vivía con Oliver Gordon ni Villa Marina, el pequeño hotel de aire colonial y afrancesado que dominaba la extraordinaria finca donde se encontraba. Toda la propiedad, que bordeaba la esquina oeste de la playa de la Concha de Suances, se deslizaba en cuesta descendente hasta la playa, para la que disponía de acceso directo. Primero, la zona de aparcamiento y la cancha de tenis; después, Villa Marina, rodeada de un precioso jardín con aire de estudiado y falso abandono. Un poco más abajo, la piscina, con forma de enorme riñón de color azul claro cristalino. Y descendiendo un poco más, aquella curiosa cabaña que parecía sacada de un bosque canadiense y que, desde su porche, prometía vistas increíbles sobre el mar. En realidad, todo aquello era propiedad de Oliver Gordon, que para sí mismo había preferido aquella rústica y sencilla cabaña, dejando Villa Marina para los huéspedes y estudiantes de intercambio que venían hasta allí desde Inglaterra buscando mejorar su español.

Los primeros rayos de sol comenzaron a barrer la playa y la finca hasta llegar a la mirada de Valentina, que brilló especialmente espectacular, quizás por su dualidad: el ojo derecho era verde y radiante, casi transparente. El izquierdo, sin brillo: negro y opaco, pero vivo. La teniente, al tiempo que volvía a arrancar el enorme Range Rover, y con la mirada clara que dan los pálpitos, supo

que su viaje al viejo palacio de la Quinta del Amo iba a acercarla al frío y a algún tipo de extraña, oscura y silenciosa verdad.

El juez Jorge Talavera suspiró con gesto de aburrimiento. Una mañana perdida en pleno agosto, por trabajo, en un pueblecito costero como Suances. Y tan temprano. Con lo bien que estaría un poco más avanzada la mañana, con su mujer y sus hijas, ya adolescentes, tomándose unas rabas y unos mejillones fresquitos en cualquier bar del muelle; y luego... ah, luego se echaría una siesta bajo una sombrilla. En realidad, viendo su oronda barriga y con sus índices de colesterol, sabía que lo mejor que podía hacer durante todo el verano era comer ensaladas y practicar algún deporte, pero la sola idea lo fatigaba.

—Bueno, qué, entonces lo confirmamos... un infarto, ¿no? —le preguntó a Clara Múgica, la forense, que acababa de incorporarse junto al cadáver y se retiraba ya los guantes.

—Muy posiblemente —asintió—. Desde luego, no hay signos externos de violencia. ¿Cuántos años dijeron que tenía?

—Creo que sesenta y tres.

—Bueno, por edad podría encajar en el patrón, pero habrá que revisar su historial médico y esperar los resultados de la autopsia, aunque la cianosis cérico-facial tan marcada podría...

—¿La cianosis?

—Sí... a ver, la coloración del cuello y la cara, ¿no te has fijado? Es algo exagerada, típica de los fallecidos por infarto, pero hay otras posibles patologías que podrían causar esa coloración en un cadáver —explicó, acomodándose con un gesto su media melena castaña, que ya empezaba a cubrirse de canas bien disimuladas con mechucas californianas.

—¿Entonces...?

—Entonces, lo de siempre... no aventuraré nada hasta que tengamos los resultados de la autopsia. Aunque insisto en que alguien le ha cerrado los ojos después de muerto, eso seguro, pero a primera vista no detecto signos de violencia ni nada que no señale una muerte natural; además, este hombre tiene el dorso de las manos hinchado, y eso es una señal inequívoca de insuficiencia cardíaca aguda.

—Vamos, que un infarto de manual.

—Posiblemente... ¿No habrá ningún familiar que haya sido avisado y al que podamos preguntarle por el historial médico de este hombre?

—Lo habrá, supongo, pero me ha dicho el cabo Maza que de este —dijo, señalando el cadáver con un movimiento de cabeza —solo se sabía que era un jardinero viudo y sin hijos y que vivía solo en una casa de la zona del puerto.

—Vaya —suspiró Clara. Normalmente la forense hacía bastantes bromas en todos los levantamientos a los que tenía que acudir, pero su humor, tras diversas curvas en su vida, se había suavizado hasta volverse más sensible hacia los difuntos a los que acompañaba cualquier suerte de soledad. Clara tenía cuarenta y nueve años, y el juez no era mucho mayor, pero él aparentaba más edad; su figura no lo ayudaba y desde luego la forense, de pequeña estatura, delgada y de actitud dinámica, sí que parecía estar en mucha mejor forma.

—Así que hemos venido hasta aquí por un pobre jardinero al que le ha fallado el corazón —volvió a suspirar el juez—. No voy a tener que ordenar especiales diligencias en este caso, así que una cosa menos. Le daré instrucciones a Caruso para despachar el asunto.

—Ah, ¿pero no quedasteis en que vendría Valentina a echar un vistazo?

—Sí, pero solo por lo que me has dicho de que alguien había tocado el cadáver y por las cosas raras que dice que ve el dueño de la casa. Un breve acto de presencia formal de la benemérita y cumplimos —le explicó,

guiñándole un ojo—. Desde luego, el tipo ha ido a morir en un lugar espectacular —apreció, admirando los jardines y la enorme y elegante Quinta del Amo.

—Sí, es impresionante —reconoció Clara, que siguió la mirada del juez hasta la imponente vivienda, a solo unos metros. Tenía planta en forma de U abierta hacia el mirador en el que ellos mismos se encontraban. Y en medio de aquel patio abierto que dibujaba la U, una enorme y altísima palmera tropical, que contrastaba con el pintoresquismo inglés del palacio: en la zona este, una torre poligonal arrancaba desde el suelo hasta llegar a cuatro alturas y rematar en un agudo chapitel de zinc, que a Clara le recordó de inmediato a los puntiagudos tejadillos del alcázar de Segovia. En el lado oeste, otro torreón más discreto y circular nacía en la segunda planta y remataba también en un chapitel de zinc idéntico, aunque el hastial que bordeaba el tejado del palacio era allí escalonado, dándole definitivamente a la Quinta del Amo un aire romántico propio de otra época.

—Parece un poco deteriorado —observó Clara sin apartar la vista del palacio—. Me recuerda a esos caserones ingleses de las películas de miedo, ¿a ti no?

—Psé, supongo. Si se asomara la familia Adams a una de las ventanas de los torreones, desde luego no me parecería fuera de lugar.

—¿No? ¡Yo me moriría de miedo si viese algo raro en alguna de esas ventanas!

—Mujer, ¿tú? Si te pasas el día rodeada de fiambres... cualquier día incluís a Frankenstein en nómina.

—Si no bajas esa barriga será a ti a quien tengamos de visita en el Instituto de Medicina Legal, querido mío —sonrió Clara, negando con la cabeza mientras miraba con cariño al juez. Era un gran profesional, absolutamente dedicado a su trabajo, pero se descuidaba a sí mismo de forma pasmosa. Ella y Jorge Talavera eran amigos desde hacía varios años, y de vez en cuando quedaban para cenar con sus respectivas parejas, de modo que Cla-

ra había comprobado hacía ya tiempo que ni sus consejos ni los de la mujer del magistrado lograban que este cuidase su forma física—. Mira, por fin llega Valentina —dijo, cambiando de tema y volviendo la mirada hacia el paseo de gravilla.

Y, en efecto, hacia ellos avanzaba Valentina Redondo: delgada figura, gesto concentrado y paso firme, haciendo crujir el suelo bajo sus botas; atravesaba un pasillo que en cada margen contenía un vergel de plantas y flores, especialmente hortensias de color azul. Algunas hayas y abedules ayudaban a dar sombra en algunas zonas de la finca, pero la mayor parte del caserón se enfocaba hacia una enorme explanada de césped en forma de elipse y rodeada de gravilla. Sobre esta explanada, precisamente, había aparecido el cadáver del jardinero a primera hora de la mañana, aterrorizando a la asistenta.

—Buenos días —se limitó a decir Valentina con media sonrisa mientras miraba de reojo al cadáver, que estaba siendo fotografiado por compañeros del SECRIM.

—Buenos días, querida, ¿cómo estás?

—Bien, gracias, Clara —replicó la teniente con expresión afable y haciendo un sencillo gesto con la cabeza hacia el juez a modo de saludo. Ambos se respetaban profesionalmente, pero su relación personal nunca había cuajado más allá de los casos que la Sección de Investigación de Valentina debía investigar.

—¿Vienes sola? —preguntó Clara extrañada.

—Ah, no, no... vendrán ahora Riveiro y Sabadelle —explicó, refiriéndose respectivamente al sargento y al subteniente de su sección—. Yo he llegado antes... ¡te recuerdo que vivo en Suances! —añadió, guiñándole un ojo a la forense, que le devolvió una sonrisa cómplice. En efecto, Valentina Redondo llevaba ya unos seis meses viviendo en Villa Marina junto a Oliver, que también mantenía una estrecha relación con la forense desde que había llegado a Cantabria, un año atrás—. Y vosotros, ¿habéis terminado?

—Casi. Esperamos al secretario para poder ordenar el levantamiento y marcharnos. Llegaré enseguida.

Valentina asintió al tiempo que analizaba la escena. A la izquierda, disponía de unas vistas espectaculares de Suances; posiblemente, aquel mirador privado fuese el mejor de toda la villa. Desde aquel alto, podía distinguirse claramente la ría San Martín llegando a su desembocadura junto a la playa de la Concha.

A la derecha de la teniente se levantaba la impresionante Quinta del Amo: Valentina, de un vistazo, comprobó que el palacio disponía de dispositivos de alarma antirrobo, aunque no detectó ninguna videocámara de vigilancia. Finalmente, la teniente detuvo la mirada sobre aquella explanada de césped que se abría ante ella, donde un par de técnicos del equipo del SECRIM trabajaban sin mucho afán sobre el cadáver.

—Me ha dicho Caruso que parece muerte natural...
—dijo dirigiéndose a Clara Múgica.

—Sí, eso creo. Posiblemente un infarto. Pero ya sabes que yo no confirmo nunca nada hasta que tengo todos los result...

—Ya, ya —cortó Valentina a la forense, sin mirarla y fijando su mirada en el cadáver—. Tranquila, esperaremos un par de días para acosarte. ¿Cuánto lleva muerto? ¿Un par de horas?

—No —suspiró Clara con una sonrisa, acostumbrada a la impaciencia de Valentina y de todos los investigadores en general—. Por su temperatura y su estado general, creo que falleció anoche.

—¿Cómo? —Valentina enarcó las cejas, extrañada—. Pensé que habría muerto esta mañana, al venir a trabajar.

—Pues no, debió de fallecer entre las diez y las once o doce de la noche.

—Vaya... un poco tarde para terminar la jornada.

—No creas —intervino el juez—, en pleno agosto, y con el calor que hace estos días, lo normal es que se riegue

y se trabaje en los jardines o muy temprano o muy tarde, por la noche.

—Puede ser —reconoció Valentina, en un gesto de aprecio al comentario del magistrado—. Pero es curioso que nadie descubriese el cuerpo hasta el amanecer; después interrogaremos al dueño de la casa y al servicio. Oye, Clara, ¿qué es eso de que le cerraron los ojos?

—Ah, eso. Pues verás, es que los ojos tenían el signo de Somer-Larcher.

Valentina enarcó las cejas, evidenciando que iba a necesitar una explicación más detallada.

—El signo de Som... bueno, da igual. Cuando un cadáver ha tenido los ojos abiertos, al perder hidratación, tras el deceso comienza a formarse una especie de mancha marrón en el ángulo externo del ojo, que termina por convertirse en una línea horizontal que atraviesa el globo ocular en su nivel medio.

—Ajá... y este tenía la manchita marrón.

—Exacto. El oscurecimiento en la esclerótica estaba bien marcado, además. Alguien le cerró los ojos cuando llevaba ya varias horas muerto.

Valentina asintió pensativa. Se alejó del juez y la forense y se acercó unos pasos al cadáver, con cuidado de no pisar en la zona intervenida por el SECRIM; observó el cuerpo durante unos segundos. A pesar de que el fallecido ya presentaba cierta rigidez, su rostro parecía relajado. Liger sobrepeso y poca masa muscular, en apariencia; cabello encanecido, labios finos y mentón grueso. Aspecto afable. A su lado, unos utensilios de jardinería manchados de tierra con algunas hierbas y hojas salpicando las herramientas. Valentina trataba de imaginarse qué podría haber ocurrido: «¿Qué estabas haciendo, Leo Díaz? ¿Recoger el equipo para marcharte a casa? ¿Te dio un infarto, sin más? Caminabas hacia allí —pensó, desviando la mirada hacia la torre del este—; si no, te habrías caído en la posición contraria...».

—Teniente, han llegado Riveiro y Sabadelle.

Valentina se dio la vuelta. El cabo Antonio Maza, guardia del puesto de la Guardia Civil en Suances, la acababa de sacar de sus cavilaciones. Su rostro pecoso y su cabello pelirrojo le hacían parecer mucho más joven de lo que en realidad era, a pesar de la expresión seria con el que se había dirigido a la teniente.

—Gracias, Maza, ahora voy.

—Creo que ya vienen ellos, acaban de aparcar.

—Bien, estupendo. ¿Dónde está el dueño de la vivienda?

—Entró en la casa, estaba atendiendo unas llamadas. Le he tomado ya algunos datos, se llama Carlos Green, es escritor... pero esperaba a que usted llegase para... —El cabo se interrumpió al observar movimiento en la terraza, bajo el torreón de la zona oeste del palacio—. Ah, no, ahí está, teniente, mire: acaba de salir a la terraza.

Valentina alzó la mirada, concentrándola. Le sorprendió ver a un hombre aparentemente joven y atlético, de cabello rubio y claro, como desgastado por el sol. Barba de un par de días, movimientos suaves pero masculinos. Hablaba por teléfono dando vueltas sin dirección, concentrado en la conversación y no en sus pasos errantes sobre la terraza. De pronto, como si se sintiese observado, se detuvo y miró a Valentina. La mirada de ella, sólida y fría, estudiándolo. La de él, algo perdida, como buscando auxilio. A pesar de la juventud y la complexión delgada de la teniente, su presencia imponía autoridad. El carisma, sin duda, no es fácil de explicar, pero Valentina disponía de cualidades que se ajustaban bien a su definición. Un chasquido sonó a sus espaldas.

—Ya estamos aquí, teniente. Joder, vaya casoplón. No parecía tan grande desde la carretera. ¡La leche!

Valentina suspiró. No hacía falta que se diese la vuelta para saber quién acababa de llegar: el subteniente Sabadelle, con aquella insoportable manía de mascar latigazos con su lengua cada pocos minutos.

—Hola, Redondo —saludó otra voz masculina. Ahora, Valentina sí que se volvió.

—Buenos días, compañeros.

Al lado del bajito y cada vez más grueso Sabadelle, la había saludado el sargento Riveiro: aunque era el de menor graduación de los presentes, con su metro ochenta y su gesto tranquilo, desprendía cierto aire de serena experiencia. No llegaba a los cincuenta años, pero frente a Sabadelle y Redondo, que eran treintañeros, era el miembro de la Sección de Investigación de mayor edad.

Valentina los puso al día de lo que había averiguado hasta el momento y, antes de interrogar al dueño del inmueble, quiso indagar un poco más.

—Oye, Maza, tú eres de aquí, ¿no?

—Sí, teniente, nací en Oruña, pero me vine para Suances a los cinco años.

—Pues cuéntanos, ¿qué sabes de este palacio?

—Ah, pues que era de la familia Del Amo, los *californios*.

—¿Los qué?

—*Californios*... aquí llamamos así a los españoles que vivían en California desde hace generaciones.

—Pero vamos a ver, no entiendo... ¿en California? ¿Y cómo se supone que llegan hasta España, a un pueblo pequeño como Suances?

—Uf, no sé exactamente, tendría que preguntarle a mi abuelo, que sí que es de aquí —dudó el cabo, que apenas era también treintañero y rebuscaba en su memoria al tiempo que atusaba su cabello pelirrojo—; pero creo que un tal Del Amo emigró allí, se casó con una *californiana*, se hizo rico y volvió... algo por el estilo. Y cuando sus herederos vendieron el palacio, allá por los años setenta, lo compraron otros *californios* para venir aquí a veranear... los Green.

—Los Green —repitió Valentina despacio, como saboreando el apellido—. ¿Y los conociste?

—Bueno, solo me suena ver alguna vez a la señora,

que murió a finales del año pasado... pero era muy raro que fuese por el pueblo, estaba en silla de ruedas y se pasaba aquí el verano, casi sin salir y leyendo todo el día. Supongo que ahí dentro —matizó, señalando el palacio— debe de existir la biblioteca más grande de todo Suances.

—No me digas... —La curiosidad de Valentina por entrar en la Quinta del Amo se acrecentaba. Señaló a Carlos Green, que seguía hablando por teléfono—. Y de este, ¿qué sabes?

—Poca cosa. Llegó a comienzos del verano, creo que está escribiendo un libro. En el pueblo se comenta que tiene intención de vender el palacio, pero no sé... chismes de viejas, teniente.

—Me lo imagino. Y la que encontró el cadáver, la asistente, ¿dónde está?

—La han acercado los de la Patrulla Ciudadana al centro médico del pueblo, la pobre mujer tenía un ataque de ansiedad. En un rato ya estará de vuelta, supongo.

—Claro que sí, chaval —intervino Sabadelle, socarrón—, una pastillita de colores y la señora seguro que se repone en un pispás.

Valentina entornó los ojos, con paciencia, pero hizo caso omiso al comentario de Sabadelle.

—¿Le habéis tomado ya los datos?

—Los compañeros estaban en ello —asintió Maza—, aunque ya le digo que estaba muy nerviosa.

—Entiendo. ¿Y no hay más personal en la casa?

—Creo que no.

—¿No? ¿En un caserón tan enorme?

—Bueno, de momento no hemos visto a nadie más, aunque, como quien dice, acabamos de llegar... —se justificó el cabo encogiéndose de hombros.

—De acuerdo; contacta con la patrulla y que te digan cómo va el tema de la asistente, que la traigan aquí lo antes posible. Y si no que la lleven al cuartel de Suances y la interrogamos allí.

Valentina hizo un gesto a Riveiro y a Sabadelle para

que la siguiesen. Tras despedirse del cabo Maza y acercarse a la forense y al juez para hacer lo propio, se dirigió con paso firme hacia el palacio.

El pequeño grupo atravesó un breve pasillo de grava hasta llegar a unas escaleras de piedra que, desde la Quinta del Amo, se desplegaban como una alfombra pétrea hacia ellos, invitándolos a pasar. Al verlos aproximarse, Carlos Green colgó su teléfono; con un suspiro, se preparó para recibir a aquella mujer de mirada tan extraña y a sus acompañantes. ¿Cómo iba a explicarles que los espíritus, las almas, parecían volver a ser de piel y carne en su decadente y enorme palacio?